

LAURA GOST

LA



PRIMA



MAYOR

NOVELA

LAURA GOST  
LA PRIMA MAYOR

Traducción de Victoria Pradilla

Título original: *La cosina gran*

© Laura Gost Seguí, 2019

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© por la traducción, Victoria Pradilla Canet, 2020

Corrección de estilo a cargo de M. Roser Macià Alcaide

© Editorial Planeta, S. A., 2020

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: junio de 2020

ISBN: 978-84-9998-803-0

Depósito legal: B. 7.514-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

|

La vuelta de Tina alteró la tranquilidad de nuestro pequeño pueblo con la misma intensidad turbadora que había provocado su desaparición dos años antes. La invitación a su boda que algunos antiguos vecinos y familiares habíamos recibido hacía tan solo un par de días no hizo más que incrementar las expectativas y la sorpresa que nos produjo aquella inesperada reaparición. Dos años era poco tiempo, pero había sido suficiente para que nos hiciéramos a la idea de que aquella chica extraña y problemática, con quien habíamos convivido durante casi dos años, no volvería a poner los pies en nuestras calles: así lo había proclamado la propia Tina antes de convertir en realidad su recurrente promesa de «largarse de aquel pueblo».

El texto de la invitación —una tarjeta pequeña de color beige, con textura rugosa y una tipografía pulcra y elegante— nos citaba a todos en la iglesia del pueblo a las doce del mediodía del domingo 12 de septiembre de 2004. El texto, breve

y sin florituras, anunciaba a los invitados que aquel día iba a celebrarse «el enlace matrimonial de Martina Mas y Marcel Montsó», y que la fiesta iba a continuar en el jardín de casa Montsó donde se ofrecería «un aperitivo para todos los asistentes y bebidas de todo tipo que dejarían más que satisfechos a los invitados».

Aquella forma de describir el piscolabis me pareció muy típica de Tina, y estaba segura de que ella misma había sido quien había redactado la invitación, a pesar de que seguro que, después, alguien había revisado la ortografía. No obstante, lo que más llamó la atención de todos los que leímos la tarjeta, lo que hizo tambalear las certidumbres y las hipótesis que nos habían acompañado durante los dos últimos años, era que fuese precisamente Marcel el miembro de la familia Montsó con el que Tina iba a casarse.

Me encontré una carta en el buzón en la que figuraba como remitente «Martina Mas», y una dirección en inglés, y me la llevé a clase porque llegaba tarde y no tenía tiempo de leerla antes. Fue ya en el aula cuando pude rasgar el sobre y mirar el contenido; desde aquel momento ya no pude volver a concentrarme durante todo el día. Pensé que era mala suerte que aquella noticia hubiese llegado como una bofetada en plena época de exámenes de fin de curso, cuando la mayoría de los estudiantes estábamos obligados a dedicar todo nuestro tiempo a repasar apuntes y a mordernos las uñas. Por la noche, mientras estaba cenando con mis padres, les leí, en voz alta, el texto de la invitación de boda de Tina y Marcel.

A pesar de lo que todos habíamos sufrido con Tina durante el lapso de tiempo inmediatamente posterior a su fuga, mis progenitores parecía que habían terminado aceptando, con una especie de resignación apática, la falta absoluta de contacto con aquella chica con la que, aunque resultase difi-

cil digerirlo, nos unía un vínculo de sangre y dos años de cotidianidad compartida bajo el mismo techo. En lo que respecta a mí, me resultaba casi imposible no exasperarme ante aquella noticia, y tener que reconocer que, a pesar del tiempo que había transcurrido desde que la había perdido de vista, los asuntos de Tina, ella misma en realidad, me seguían produciendo una compleja mezcla de rechazo, incomodidad y fascinación: odiaba gran parte de los atributos y las tendencias que ella personificaba y, a la vez, una parte de mí siempre había querido parecerse más a mi prima.

Con la distancia, pequeña pero importante, de los cuatro años que nos separaban, Tina había sido para mí un referente desde el momento en que vino a vivir a nuestra casa. Entonces yo tenía doce años; Tina tenía dieciséis, y acababa de perder a sus padres en un accidente de coche. Mi madre había perdido a una hermana y yo a los tíos de la ciudad.

En aquella época, Tina ya era una chica difícil, consentida; solía enfadarse por cualquier cosa y se ponía a chillar como una loca hasta que mi padre, mi madre o yo cedíamos, agotados, a sus peticiones. Entonces, al verla feliz porque había conseguido lo que quería, nos preguntábamos por qué nos habíamos resistido tanto a hacer lo que Tina quería, nos invadía incluso un sentimiento de culpa por haber hecho sufrir durante tanto rato a una adolescente que acababa de perder a sus padres y que solo quería jugar un rato con nuestro ordenador nuevo o cenar delante de la tele mientras nosotros lo hacíamos sentados a la mesa, o comer una hamburguesa con puré de patatas los días que mi madre hacía ensalada de garbanzos con atún. Al observarla, radiante y satisfecha, recreándose en todos aquellos caprichos conseguidos, a ninguno de los tres nos quedaba duda alguna de que Tina, cuando

estaba contenta, era la criatura más adorable y preciosa que habíamos visto nunca.

Cuando mi prima mayor, que venía de la ciudad, se instaló en nuestro pequeño pueblo, de menos de cuatrocientos habitantes, todos los vecinos se volcaron en aquella joven esbelta, rubia, de pelo largo y ojos muy azules, y que además era huérfana. Las señoras mayores le daban galletas y vasos de limonada fresca cuando pasaba por delante de su casa; los padres de nuestros compañeros de clase se ofrecían a acompañarla al colegio con el coche, aunque solo estaba a diez minutos a pie, y los niños y las niñas, los chicos y las chicas que eran nuestros vecinos, ponían en práctica las indicaciones que habían recibido de sus progenitores: Tina lo había pasado muy mal y, por tanto, entre todos teníamos que ayudarla a sentirse como en casa, bien acompañada y querida.

Todos hacíamos lo imposible por incrementar las dosis diarias de bienestar de Tina, pero nuestros esfuerzos no pudieron impedir que mi prima mayor se estableciese en el pueblo con el convencimiento de que sus deseos se hallaban por encima de cualquier otra necesidad que no fuera la suya; tampoco pudieron impedir la conversión de aquella niña malcriada y egoísta en una joven malcriada y egoísta, en una joven que parecía esforzarse por convertirse en excéntrica, conflictiva, mala, si es que no había sido siempre así.

El día en el que nos enteramos de que Tina había desaparecido, nos quedamos preocupados y llenos de temor. Sin embargo, al ir conociendo más información, al saber que mi prima mayor de dieciocho años recién cumplidos —acabábamos de celebrar su fiesta de cumpleaños el día antes en el jardín de casa— había abandonado el pueblo junto a Miquel Montsó y había dejado una escueta nota, la gran mayoría de nosotros sustituyó la angustia por una dosis soportable de ali-

vio. En realidad, no puede decirse que aquella noticia nos pillase totalmente por sorpresa: al fin y al cabo, todos sospechábamos que Tina se iba a ir cualquier día, y no era extraño que lo hiciese con Miquel, su novio, el cual era evidente que se había enamorado locamente de ella durante el último año y medio.

A mí, que en aquel momento tenía casi catorce años, lo que más me dolió de la huida de Tina no fue que no me avisase, o que no dejase una carta dirigida especialmente a mí: lo que más me dolió fue saber que su relación con Miquel, el chico a quien yo amaba en secreto desde que se había mudado con su padre y su hermano a la casa vecina a la nuestra, iba lo suficientemente en serio como para que se fueran juntos de forma tan abrupta y desconsiderada en opinión de todos; tan romántica y novelesca, en cambio, desde mi perspectiva adolescente.

Cuando Tina llegó a nuestra familia, mi madre le preparó una cama nueva y bonita junto a la mía, que era vieja y un poco más estrecha. Además, pensamos que Tina se sentiría más cómoda si cada día, cuando abriera los ojos, tuviera la posibilidad de contemplar ante sí el esplendor del pequeño jardín que mi padre regaba y cuidaba con esmero todas las mañanas. Por ello, entre mi madre y yo redistribuimos los muebles de mi habitación, y me vi obligada a seleccionar aquellos juguetes que sí quería conservar y rechazar los otros, con el fin de que mi madre los donase a los niños pobres que no tenían.

Yo era consciente de que mis doce años significaban que me estaba haciendo mayor y que no estaría bien visto, sobre todo en el colegio, que aún me gustase pasar el tiempo con mis juguetes. En mi clase, había chicas que presumían de haber besado en la boca a algún chico, y Bàrbara Tortell afirma-



ba incluso haber introducido la lengua hasta la garganta de un alumno tres cursos mayor que nosotras, pero las que la escuchábamos no estábamos seguras de que aquello fuese verdad. Sin embargo, a pesar de que yo asumiese que los juguetes eran quizá cosa de niñas, y que yo ya no era una niña, me entristeció mucho tener que despedirme de algunas de las muñecas y de los peluches con los que había compartido infancia y diversión; como no había tenido hermanos, los juguetes habían sido mis compañeros de juegos cuando me afligían la soledad y el tedio del hijo único.

La habitación quedó mucho más espaciosa después de que me hube deshecho de todo aquello que no utilizaba. La sensación de tener más espacio se mantuvo incluso al añadir una segunda cama al lado de la mía, justo debajo de la ventana, desde donde se apreciaban las plantas, los árboles frutales y las flores de colores que mi progenitor mimaba con la misma ternura con la que se cuida a un bebé. Yo, si exceptuamos la melancolía que se había apropiado de mí al tener que decir adiós a mis pertenencias, cedí con mucho gusto a Tina aquel rincón privilegiado de la habitación: al fin y al cabo, ella se había quedado huérfana a los dieciséis años, y lo mínimo que yo podía hacer para conseguir que se sintiese mejor era otorgar a su cama la ubicación que la mía había ocupado desde que tenía memoria.

No obstante, Tina no recibió aquel detalle tal y como lo habíamos previsto mi madre y yo. Al saber que tendría que compartir habitación conmigo, mi prima mayor meneó la cabeza muchas veces y se cruzó de brazos, utilizando un tono de voz cada vez más agudo, aunque sin subir el volumen, mientras repetía que «no, no, no lo quiero, no y no». Al oír todo aquello, me sentí ofendida. Al principio pensé que quizás estaba bromeando y que al cabo de unos segundos nos

confesaría que no estaba hablando en serio, y todos nos pondríamos a reír debido a aquel sentido del humor tan raro que tenía mi prima. Sin embargo, enseguida nos dimos cuenta de que Tina no bromeaba.

—¿Qué pasa, Tina? ¿Por qué dices que no? —le preguntó con dulzura mi madre—. ¿No te gusta la habitación?

Tina apartó los ojos del suelo, donde había tenido fija la mirada los últimos minutos, y me miró fijamente. Después se volvió hacia mi madre:

—La habitación está bien. Lo que pasa es que no quiero dormir con *ella* —dijo.

Al oír aquellas palabras, quise preguntarle por qué; quise gritar: «¿Cómo te atreves a decir esto, niña malcriada, con todo lo que estamos haciendo por ti?». Pero en lugar de eso, me quedé callada, y fue mi madre quien tuvo que responderle.

—Pero ¿es que no ves, Tina, que no tenemos ninguna otra habitación? Además, ¿qué te ha hecho Rosa?, ¿por qué no quieres dormir en la misma habitación que ella?

Me pareció que Tina meditaba la respuesta.

—No me ha hecho nada. Pero es una cría. Yo ya tengo dieciséis años. ¿Cuántos tiene ella? ¿Diez?

—¡Tengo doce! —exclamé, herida; al fin y al cabo, era muy consciente de que, efectivamente, yo siempre había parecido más pequeña de lo que era debido a mi estatura y a mi constitución delgada, sin forma, de niña enclenque.

—Pues no lo parece —confirmó Tina, mirándome de arriba abajo desde su altura, con su cuerpo de líneas perfectas y armónicas—. En cualquier caso, a los mayores, los de vuestra edad nos estorbáis mucho.

—¿Te estorbo? —le pregunté, incrédula y mirando de reojo a mi madre para ver cómo reaccionaba; no recuerdo la expresión que tenía en aquel momento.

Tina sonrió. Más adelante, yo iba a identificar aquella sonrisa como la mueca que solía preceder a un comentario malicioso. Su réplica me llegó como un puñetazo:

—Mira, no había caído en que *Rosa* rima con *sosa*, y es que eres una sosez. ¡Qué gracia!

Entonces Tina se puso a reír, y al reír se volvió aún más guapa, sublime: no importaba que las motivaciones que habían propiciado el estallido de sus risas fuesen crueles y desconsideradas, porque su belleza llegaba al límite de lo soportable cuando aquellos dientes blancos y rectos enmarcaban su boca colorada, su lengua rosada, sus encías sanas, y todo ello protegido por unos labios carnosos y seductores sobre los que mi prima mayor solía aplicarse un bálsamo de sabor de fruta dulce.

Mi madre se enfadó. Le dijo a Tina que lo que hacía estaba mal, que no estaba bien decir aquellas cosas que podían herir a la gente.

—Vosotros no sabéis lo que es sufrir —soltó entonces Tina, dejando de reír, repentinamente enfadada—. Las palabras no duelen. Lo que más duele es perder a tus padres cuando un día cualquiera salen de casa en coche y ya no vuelves a verlos.

Aquel chantaje emocional nos impactó tanto a mí como a mi madre. A pesar de que éramos conscientes de lo manipulador que era ese mensaje, su verdad indiscutible nos obligó a dejar de discutir con Tina, y yo incluso decidí perdonarle su dureza. Mi prima mayor nos daba pena a todos, y así es como mi madre se calmó, cortó de raíz la ristra de recriminaciones que hasta unos segundos antes salían de su boca y, cambiando de tema, se dirigió a las dos:

—Mirad, chicas, aquí solo tenemos una habitación, y aún gracias que hemos conseguido meter una segunda cama. Esta

es la realidad, y cómo os lo montéis es vuestro problema: a nosotros dejadnos tranquilos, que ya sois mayorcitas. —Antes de dar media vuelta, se dirigió a Tina mirándola directamente a los ojos y añadió—: Como bien has dicho, Tina, hay cosas en el mundo que nos hacen sufrir mucho, pero compartir habitación con tu prima pequeña no parece que pueda considerarse una de ellas, ¿no te parece?

Mi madre no esperó a que Tina respondiese. Abandonó la habitación, cerró la puerta al salir y nos dejó a las dos solas, en un silencio incómodo. Tina, al cabo de unos segundos, inició el mismo recorrido hacia la puerta. Pero antes de cerrarla, una vez cruzado el umbral, se dio media vuelta y susurró:

—A partir de ahora, te llamaré Sosa.